

más que hicieron una tontería. Estoy, pues, tranquilo. Me llamo Juan Aron, gano mi vida honradamente. ¿Qué es lo que podrían reprocharme?

»Se cruzó de brazos, lanzó un gran suspiro y se preguntó:

»—¿Qué es lo que voy á hacer ahora?

»—Nada—dije yo.—Esto es lo mejor. Además el ministro llegará á saber mi muerte. Le direis que lo sabíais antes que él; que habíais recibido carta de Nueva Caledonia en que os lo decían... y el asunto terminará en eso.

»—Sí—dijo;—pero, á pesar de todo, vivid con cuidado.

»Me dió la mano y se fué.

»Adiós. Abrazo á Guillermo; y en verdad, ¿por qué no abrazaros á vos? ¿No somos buenos compañeros de peligros y aventuras?

»Me lo permitiréis, ¿no es verdad?

»Vuestro hermano y amigo.

»JUAN.

»Cuando me escribáis, dirigid la carta al señor Samson, en casa de los señores Morard, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bولonia, Sena. Para entregar á Juan Aron.

»Y no temáis nada. Está advertido y me las entregará.

»La casa Morard es muy conocida en París.»

IV

Hacia el abismo.

Juan Montarón había oído bien al conde Gabriel de Corbiere y había comprendido bien quién era el merodeador que daba vueltas alrededor de la «villa» de la avenida de los Campos Elíseos.

Era Paulino Escoubere, el marido de la querida del conde.

Escoubere, desde el día en que había conocido el nombre del amante de su mujer, sabía lo que le quedaba que hacer.

No tenía más que acechar al conde Gabriel, seguro de que un día ú otro el enamorado iría directamente á su nido y se haría traición él mismo.

Esto había llegado.

Emboscado detrás de los muros del jardín, oculto por las yedras y las plantas de toda especie que obstruían la verja, había ya visto más de una vez asomada á la ventana á la querida del conde.

Este descubrimiento había producido en su alma el efecto de un calmante.

Había mitigado la fiebre que le devoraba.

Ya sabía adonde ir para encontrar á la que había perdido y á quien amaba tanto, á pesar de la traición, que entreverla un momento era para él una especie de descanso, un goce mezclado de pesadumbre, pero al fin un goce, y

no le quedaba más que un deseo: el de hallarla, oír-la, hablar con ella libremente á fin de tratar de convencerla para volverla á su casa.

¡Cómo si esto hubiera sido posible!

Suponer que sin amor renuncie una mujer á las ventajas que el conde ofrecía á su querida para descender á la vida de otros tiempos, de la que no conservaba más que un recuerdo lleno de rencores y de disgustos, era conocer mal el fondo ingrato de la naturaleza humana.

—Además, si Escoubere hubiese estado más al corriente de lo que pasaba en el hotel de Corbiere y en la villa de Bolonia, hubiese perdido la sombra de esperanza que abrigaba aun.

El conde Gabriel tomaba cada día más afecto á su querida.

Cada día apreciaba más Elena á aquel hombre de aspecto frío, altivo, escéptico, que parecía haber reservado para ella todas sus ternuras y todas sus atenciones.

La joven tenía tanto encanto, tanta gracia; sabía plegarse tan bien á los caprichos de su amante; habia adquirido sobre él tanto ascendiente, que al solterón empedernido le habia ocurrido la idea de perder su libertad.

Quería casarse con Elena.

Para conseguirlo era necesario un divorcio, puesto que estaba casada.

Aquí surgía una dificultad.

El marido.

El conde esperaba triunfar de su resistencia.

Al siguiente día de su conversacion con ella en la villa de Bolonia, á cosa de las nueve de la mañana, se dispuso á dar principio al cumplimiento de su promesa.

Fué á la alcaldía del octavo distrito y allí vió que, en efecto, Elena Noel estaba inscrita como nacida de padres desconocidos.

La declaracion habia sido hecha por una tal señora Durand, muerta algunos años después.

De esto no se podia sacar aclaracion alguna.

Quedaba la directora del colegio Julien en donde Elena habia vivido tanto tiempo como una abandonada.

Se hizo conducir á Passy, á donde no tardó en llegar.

El colegio Julién es uno de los más conocidos de París.

Ocupa en el viejo Passy un espacio considerable.

Es un antiguo convento vendido revolucionariamente hace un siglo, fué dedicado á colegio desde luego y sigue con este destino.

El conde entró con la seguridad del hombre convencido de que ha de ser perfectamente acogido, y preguntó al portero:

—¿Está visible la señorita Julién?

—Sí el señor quiere decirme su nombre.

El conde entregó al portero una tarjeta, y éste leyó el nombre que iba en ella inscrito.

—¿Si el señor conde quiere seguirme?—dijo encorvándose como un arco.

Y hechó á andar seguido del conde.

El llavero le dejó cinco minutos en un gran vestíbulo, que tenía por todo mueblaje unas

banquetas, y de las paredes pintadas de amarillo, pendían á guisa de cuadros algunos mapas, y reapareció diciendo:

—Si el señor conde quiere entrar.

La señorita Brígida Julián era una persona relativamente considerable.

Poseía grandes rentas en valores y tenía dos casas en la calle de Passy.

En lo físico, era una solterona de sesenta y siete años, de aspecto monástico, de cara repugnante y cuya boca destilaba miel ó veneno, según convenía á sus intereses.

Ofreció una silla á su visitante.

El conde se sentó y comenzó diciendo:

—Señorita, ¿habéis tenido entre vuestras discípulas, hace largo tiempo, á una joven llamada Elena Noel?

Gabriel de Corbière esperaba que este nombre causara alguna sorpresa, aunque ligera, á la directora y que él podría notarlo.

No fué así.

La solterona pareció buscar en su memoria, y repitió:

—¿Decís Elena Noel?

—Sí, señorita.

—Debe hacer mucho tiempo... porque mi memoria, que me sirve de ordinario bastante fielmente... ¡Esperad!... ¡Elena Noel!... Sí, cierto... ¿Nos dejó hace unos cinco años?...

—¡En efecto!

—¡Ya lo creo, caballero! ¡Una joven encantadora, muy guapa, de una gran dulzura!... Estuvo aquí catorce ó quince años... Hicimos de ella una excelente profesora de música...

Pero era muy taciturna... Su natural era triste, su carácter altivo, muy reservada... lo que dependía sin duda de las circunstancias particulares conque se había criado.

—Precisamente.

—Era, yo creo, hija natural...

—¿Vos creéis solamente?... ¿No estáis segura?...

—No...

—¿Es posible?...

—Profeso el principio de no tratar de penetrar los secretos de que me hacen misterio... ¿Os interesaba esa joven?

—Infinitamente.

—¿Sería indiscreción preguntaros con qué título?

—¡Dios mío!—dijo el conde.—No tengo razones para ocultároslo, tanto menos, cuanto que viniendo á pedir os un favor, debo merecerlo por una confianza absoluta.

—¿Conque sois el conde Gabriel de Corbière Latouche... hijo del general del Imperio?...

—Nieta, señorita—dijo el conde sonriendo.

—¡Ilustre familia, caballero!

—Tengo una cierta fortuna; soy independiente y dueño de mis acciones, pues soy soltero como vos. Ahora bien, he conocido á vuestra antigua discípula, Elena Noel. Tengo ciertos proyectos respecto á ella; pero antes de ponerlos en ejecución, quisiera asegurarme de su origen, saber de dónde proviene. ¡Ya comprenderéis con qué intención!

—Tal vez.

—He pensado que habiéndoois sido confiada

esa joven desde muy pequeña, no podéis ignorar su origen; que hoy ya no puede haber, tal vez, nada que os impida revelar un secreto cuyos interesados ya no existirán: que no os negaréis á confiármelo, si yo os jurase por mi honor no abusar de él. No os oculto que me importaría poco hacer un sacrificio razonable para obtener la luz que busco y que mi posición me permite ser generoso con el que me la dé. Hé aquí señorita, claramente expuesto el objeto de mi visita. ¿Qué podéis hacer por mí?

Brigida Julien, se mordió los labios y respondió:

—Con mucho sentimiento mío, bien poca cosa, caballero:

—¿Qué decís?

—Que me es imposible revelar un secreto que no conozco.

—¡Me admiráis!

—Mis relaciones con los padres de Elena Noél tuvieron lugar con la ayuda de un intermediario... ¡una mujer!... Pero ni aun el nombre de esa persona me es permitido revelaros. Esta persona me hizo prometer un silencio absoluto.

El conde examinaba con atención á la directora.

El tiempo que había pertenecido á la diplomacia ántes de la herencia de su tía Bauvillars, le había inspirado un gran desprecio de los hombres, y lo que oía decir no era á propósito para mejorar su opinión.

Sin embargo se preguntaba hasta que punto podría proponer á una mujer vieja y rica, di-

rectora de un colegio, llamada á enseñar á los demás en que consiste el honor de un hombre ó de una joven, que le vendiera un secreto que no la pertenecía.

El caso era dudoso.

El conde quemó sus naves.

—Quisiera insistir—dijo con tono insignificante,—y no sé si me lo permitiréis. Sin embargo, puedo siempre haceros observar que al decirme lo que sabéis, haréis un bien, no un mal; que, en efecto, se trata de un casamiento brillante para ella, el que no se llevará á cabo si yo no averiguo lo que deseo sobre su nacimiento; que yo no obedezco á la ambición de herencias que no necesito, sino á un sentimiento de honor, y que, en fin, si os decidís á hablar, resultará de esto un gran beneficio para vuestras pobres, porque vos fijaréis el precio del servicio... ¿Puedo esperar que persistáis en vuestro silencio?

En la fisonomía de la directora se operó un cambio.

La llama de la avaricia iluminó sus ojos grises.

El conde dijo para sí:

—Ya es mía.

Se equivocaba.

La vieja pensaba:

—¡Qué lástima no saber más! ¡Le hubiera sacado una buena suma y hubiera comprado un tercer inmueble!

Se rascó la punta de la nariz, que era extremadamente delgada y puntiaguda.

—Eso es muy delicado—dijo,—infinitamente

te delicado; pero vos me tentáis... y hacéis muy mal.

—¿No redime la limosna todas las faltas?

—Tenéis razón... ¡Pero hacer traición á la confianza que en mí han depositado!

—Creedme; todo el mundo os lo aplaudirá.

—Pero si ya os lo he dicho: yo no sé casi nada.

—Pero sabéis al menos el nombre de la persona...

—¿Con quien traté?... Sin duda.

—Ese nombre es todo lo que os pido...

—Esperad; os diré cómo pasaron las cosas. Hace de esto diez y nueve años: una mujer joven vino á buscarme aquí, á esta misma sala en donde estamos. No busquéis. No era la madre. Esta había muerto hacía algunos años, y el padre también. La criatura quedaba sola en el mundo con un protector que no quería darse á conocer.

La mujer que venía á casa era simplemente una de esas mediadoras á quienes su profesión designa naturalmente para esta clase de asuntos. Debo decir, haciéndola justicia, que en todas nuestras relaciones se mostró de una conveniencia y de una corrección á las que rindo homenaje. Me dijo que estaba encargada de cuidar de una niña, por la que tenía un verdadero interés, que esa criatura no tenía familia ni nada que esperar en el porvenir; que era preciso, pues darla una instrucción seria, de tal modo que pudiese ganarse ella la vida. Me preguntó si consentía yo en encargarme de ella, Contesté afirmativamente y convinimos

en los honorarios. Estos me fueron abonados siempre por adelantado, con religiosa escrupulosidad. Cuando me trajeron á la niña, ésta tenía seis años. No puedo deciros hasta qué punto era interesante. Yo no tengo el corazón tierno, no lo oculto. La experiencia me lo ha endurecido. Pero la tomé cariño. Durante catorce años permaneció en esta casa, que no tiene nada de alegre, os lo concedo. Jamás recibió una visita, ni aun la de la mujer que venía á pagar la pensión; no vió á nadie que se interesara por ella; sus compañeras la llamaban la niña sin padre. Durante las vacaciones permanecía aquí encerrada como una oveja sarnosa. Me daba compasión, á mí, que no la tengo de nadie. Por fin, cuando la supusieron ya en edad de poder ganarse la vida, á los diez y ocho años, la dieron cuatro mil francos, sus ropas y un piano, el único regalo que recibió, y la dejaron en libertad de obrar como mejor la pareciera, sin guía, sin consejos, sin amigos, sin conocer á nadie. He aquí su historia, caballero... La encontraréis horrible, tal vez... ¡Es cierto!

La directora mostró la mesa ante la que estaba sentada.

—Aquí fué donde la conté los cuatro mil francos, su supremo recurso. La estoy viendo aún con su trajecito de colegiala, mirando aquel dinero con gran indiferencia. Y con mucha tristeza me dijo:

—¿Es para mí?

—Si.

—¿Entonces es preciso que me vaya?

—Sin duda, puesto que no quieren hacer

nada más por vos. Además, ya tenéis edad para poder ganáros la vida trabajando.

Ella no contestó más que:

—¡Está bien! Os doy las gracias. ¿Pero á dónde iré?

—Es preciso que os mováis, que busquéis una colocación, lecciones...

En el momento de salir me miró, como habia mirado á su dinero, y me dijo:

—Hay momentos en que me pregunto si no habria ganado mucho con morirme y si no habrian obrado más humanamente arrojándome al agua el dia que nació.

Os juro que mis ojos se llenaron de lágrimas.

Esta fué su única queja.

Me hizo un ligero saludo, dijo en voz muy baja adiós, y salió.

Después ni la he vuelto á ver ni he oido hablar de ella. Esta es la verdad.

—¿Qué queréis ahora?—añadió.

—El nombre de esa intermediaria.

—¿Creéis que ella sabe mucho más que yo?

—Es posible. Y en todo caso seguiré el hilo y llegaré á mi objeto, no lo dudéis.

—Pues bien, ¿queréis que hablemos del precio?

—Sí. ¿Cuánto?

—¿No me habéis dicho que sois rico?

El conde sonrió.

—Bastante para satisfacer mis caprichos y los vuestros—dijo.

—Voy á asustaros.

—Entonces discutiremos.

—Pues bien, no, no discutiremos. Me horro- rizan las discusiones sobre el dinero:

—¿Cuánto?—repitió el conde.

—Veinte mil francos.

El conde dijo con la mayor serenidad:

—Dadme ese nombre.

Sacó de su bolsillo un cuadernito, arrancó de él una hoja y puso en ella:

«Vale por veinte mil francos».

Y lo firmó.

La directora tomó el papel y le dió otro en cambio.

En el que la directora entregó al conde decía:

«Señora Firmin, comadrona, calle de Richelieu.»

—No sé el número—dijo—pero la encontraréis con facilidad. Es hacia el medio de la calle.

El papel firmado por el conde era un cheque sobre el Banco de Francia,

El conde, al montar en su victoria para ir á casa de la comadrona se decía:

—Es un poco caro; solo que creo tener el hilo; pero, ¡qué alhaja es la directora, vaya una institutriz! ¡Tiene talento pero que sanguijuela! ¡Canalla! ¡bah!

El viaje fué corto.

Cuando el coche hubo llegado á la mitad de la calle de Richelieu el conde, tocando en el brazo al cochero, le dijo, parad.

Habia visto en el primer piso de una casa vieja, los atributos ordinarios que anuncian á las mujeres que están en estado interesante la presencia de una partera que les ofrece sus servicios.

Un cuadro pegado á la fachada, entre dos ventanas, representaba una mujer vestida con cierta pretensión y teniendo entre sus brazos una criatura rolliza que acababa de operar su entrada en la vida.

Se apeó, entró en un portal estrecho llegó á la portería y preguntó:

—¿La señora Firmin?

—En el primero, la puerta de la derecha, contestó la portera.

El señor de Corbière se orientó con trabajo en la oscuridad de la escalera, pero llegó á la puerta indicada y llamó.

Se abrió la puerta y, en la semi-oscuridad, se encontró enfrente de la joven que había servido con tanto interés á Teresa Montarón en el asunto de la nodriza para su hijo.

—¿La señora Firmin?

—Aquí es, caballero.

—¿Está, visible?

—Sí, señor.

—¿Queréis anunciar al conde Gabriel de Corbière?

—Sí señor. Hacedme el favor de pasar.

La joven introdujo al conde en una sala empapelada de colorado y amueblada con butacas y alfombra del mismo color.

Y después de haber ofrecido una silla al señor de Corbière, pasó á una pieza inmediata, dejándole entregado á la contemplación de aquella sinfonía del rojo que no dejaba de aturdir un poco á un hombre acostumbrado á todas las elegancias del refinamiento del lujo moderno.

La espera del conde fué corta.

Casi en seguida volvió á abrirse la puerta y una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, bien formada, á fé mia, y de cara estremadamente inteligente y distinguida, se presentó.

El conde hubiera podido notar que le miró con mucha atención y que una viva curiosidad se pintó en sus finas facciones.

Pero la hora del almuerzo se acercaba y tenía prisa por concluir cuanto antes.

—¿Sois la señora Firmin?—preguntó saludando.

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo que ejercéis vuestra profesión?

—Cerca de veinte años.

—¿Habeis vivido siempre en este barrio?

—En este barrio y en esta misma casa, sí, señor.

—Entonces sois vos á quien busco.

—¿Para qué?

—Vais á comprender. Voy derecho al objeto, porque no quiero abusar de vuestros momentos. Son cerca de las doce y no es hora á propósito para tales visitas.

—¡Oh! caballero—dijo la señora Firmin,—sí es por mí haceis mal en precipitaros. Nosotras estamos á la disposición del público noche y día, y no se debe temer molestarnos.

—¿Es tal vez, hija vuestra esa señorita que acabó de ver? Os pido perdón por esta curiosidad.

—Sí, señor, es mi hija. Estudia medicina y

probablemente ejercerá la profesión de su madre, aunque no tenga nada de seductora; pero es preciso vivir, y todas las profesiones tienen sus inconvenientes.

Hablando así, el conde examinaba á la comadrona, á fin de darse cuenta de su carácter, de lo que podía esperar de ella y de lo que debía decir, y se admiraba de la franqueza de aquella cara, de la probidad que en ella estaba impresa, de la honradez que se veía en sus ojos á la vez vivos y sinceros, penetrantes y dulces.

Por fin el conde abordó la cuestión, pero con cierta timidez.

Evidentemente no se encontraba enfrente de la mujer que él se había figurado.

El se había imaginado que sería una especie de marimacho habituado á las transacciones dudosas, á las operaciones oscuras y brutales, dispuesta á todo, con tal que se la ofreciese una buena suma, y se encontraba con una verdadera señora, á la que no faltaba más que un título y rentas para figurar en la alta sociedad más elegante, más distinguida, más reservada y más imponente que las tres cuartas partes de las marquesas.

La comadrona comprendió que el conde no se atrevía á abordar la cuestión que allí le llevaba, y dijo sonriendo :

—¡Dios mío, señor conde, no toméis tantas precauciones para decirme lo que deseáis! Desde luego, por profesión, somos personas de una discreción á toda prueba; después no vais á contarme nada nuevo, porque en veinticinco años que hace que ejerzo, he conocido muchas

historias. Explicaos sin cuidado. Yo os contestaré con toda sinceridad, si puedo hacer ó no lo que me pidáis. ¿De qué se trata?

—De un servicio que vengo á pedir que me hagáis.

—¿De qué naturaleza?

—Primero, dejadme decir que estoy dispuesto á reconocerlo con toda la generosidad posible.

—Sea, veremos, ¿pero qué servicio es ese?

—Un simple informe que necesito. Vos estuvisteis encargada, hace más de veinte años, y debíais ser muy joven entonces, de una niña cuyo nombre no debéis haber olvidado.

—Decidlo.

—Elena Noel.

La mirada del conde se cruzó con la de la comadrona.

Hubo un choque entre ellas.

La señora Firmin oprimió sus labios como para contener un secreto y no respondió:

Repitió como si hubiese huscado en su memoria.

—¡Elena Noel!

Y en seguida añadió con una indiferencia habilmente disimulada:

—En efecto, Elena Noel, me acuerdo... Tengo una excelente memoria; pero me he ocupado de muchas criaturas, algunas de las cuales han tenido un origen novelesco.

—¿Y esa es una de ellas?

—Hasta cierto punto, sí. Debe tener hoy veinticuatro ó veinticinco años.

—Perfectamente. Hace mucho que no la veis?

—Cerca de veinte años y no la conocería ya ciertamente. Me parece que debe ser muy guapa...

—No os equivocais.

—¿Sabéis qué ha sido de ella?

—Sí.

En solo esta palabra pronunciada por el conde y en la sonrisa que la acompañó había toda una confianza.

La señora Firmin comprendió.

El conde quería decir:

—Sí, es muy guapa, y yo lo sé mejor que nadie, porque la amo.

El rostro de la comadrona se oscureció.

—¿Será posible?—pensó.

Sus recuerdos la llevaban muy lejos en el pasado, á aquellos días en que sus entrevistas primero con el conde de Corbiere, padre de Elena Noel, le aconsejaba ella que asegurase el porvenir de su hija, recordándole que la muerte llega cuando menos se piensa y podía sorprenderle, como sucedió: después con la condesa viuda, que se mostraba cruel con aquella hija del adulterio, inocente de la falta de los demás.

Se acordaba de las observaciones que ella había hecho á aquella mujer, cuyo orgullo y avaricia eran inflexibles y la indignación que no había podido menos de demostrarla.

¡Si lo que ella presentía era verdad, qué castigo!

—¿Decís que conocéis á esa joven—preguntó.

—La conozco y me intereso con pasión en todo cuanto á ella concierne.

Hubo un silencio. La comadrona repuso:

—¿Querriais hacerme comprender que estáis en relaciones con ella? Podéis decírmelo todo con la seguridad de que nada traspilará fuera de las cuatro paredes de esta habitación.

—Tenéis razón y yo no debo ocultaros nada. La historia de esa desgraciada es desgarradora, ó al menos lo ha sido hasta que yo la encontré. Esto fué por casualidad una noche en la Opera. Me fijé en ella y quise saber quien era. Paso por alto los detalles de nuestro encuentro. Estaba casada. La apremié para que rompiera la cadena, indigna de ella, á que se había sujetado en un momento de miseria y de desesperación. Había querido suicidarse. Un joven, un vecino, había entrado en su cuarto á tiempo para salvarla. Se había casado con él y vejetaban en una miseria de que no podían salir. Hice el papel de tentador y al fin se decidió á aceptar mis proposiciones. ¿Necesito deciros que hoy tiene todo lo que la faltaba? Hago todo lo que puedo para satisfacer todos sus caprichos... pero hay uno de ellos que no me es posible satisfacer sin vuestro auxilio...

—¿Y es?

—Elena quiere conocer su origen.

—¿Para qué?

—Tal vez sea un capricho, pero nada nuevo os diré al afirmar que las mujeres los tienen algunas veces. Además, yo mismo me alegraría de penetrar ese misterio. Amo á Elena, como os he dicho. Antes de conocerla era enemigo del matrimonio pero me he reconciliado con él y mi mayor deseo es casarme con Ele-

na. Se presentan dificultades para realizar ese proyecto, pero cuento con poder vencerlas. Su matrimonio puede ser roto por un divorcio... Entonces podría presentarla en el mundo y la ahorraría la humillación de no atreverse á confesar públicamente nuestras relaciones. ¿Me comprendéis?...

—Sí, señor.

—Ese secreto que conocéis nada puede hoy impedir que vos lo reveleis.

La señora Fermín guardó silencio.

El conde insistió.

Los escrúpulos que hubieran podido contenernos en otros tiempos no deben existir ya. En veinticinco años han pasado muchas cosas, muchos hombres han desaparecido. Los que os exigían ese misterio tal vez no existan ya.

—Perdonad... existen algunos...

—Si yo comprometiese mi palabra de hombre de honor de no pronunciar jamás una frase que pudiese dar á entender que poseo vuestro secreto, ¿estaríais satisfecha?

—No.

—¿Qué será preciso, pues?

—Solo la autorización de los que me han exigido el silencio puede desligarme de mi promesa... ¿No haríais vos lo mismo?

—Sin duda, pero... vos debéis apreciar las circunstancias, pesar los motivos que me hacen obrar... deciros que no me mueve ninguna mira interesada, que no hay ante vos más que una mujer desgraciada, inquieta por las tinieblas que rodean su nacimiento, y un hombre en demasiado buena posición para pensar en el

dinero, deseando solo saber si el honor no le impide dar su mano á la que ama...

—¿No habéis dicho que es ya vuestra querida?

—Eso es verdad, pero convendréis en que hay gran diferencia entre el matrimonio y unas relaciones duraderas sin duda, serias, pero que no tienen para los ojos del mundo las mismas consecuencias...

—Comprendo vuestras razones, pero es inútil insistir... Debo callar y callaré.

—¡Sois inflexible!

—Soy leal.. He hecho una promesa y la cumplo.. Reflexionando sobre esto seréis el primero en aprobármelo.

El conde se levantó y dió algunos pasos por la sala.

Estaba muy agitado.

Enjugó su frente con el pañuelo.

—¡Qué desgraciado!—pensó la señora Fermín.—¡No sabe que es su tranquilidad lo que defiende!

El conde volvió hacia donde estaba sentada la comadrona, volvió á coger su silla, la acercó á la que ella ocupaba, y muy bajo, con voz alterada, dijo:

—Vamos á ver, no os ofendais por mi insistencia. Voy á abordar un punto difícil de tratar. Os juzgo profundamente honorable y honrada y lo que voy á añadir no tiene más que un objeto: probaros hasta qué punto me interesa la revelación que me negais. ¡Yo os prometo el secreto! Os juro no abusar jamás de lo que podais confiarme, no tocar un céntimo

de los padres de Elena. sean quienes quieran, posean la fortuna que posean y me comprometo á eso en el nombre de ella y en el mio.

La comadrona movió la cabeza.

—Tratareis en vano de hacerme hablar— dijo.

—Reflexionad. Vos podeis despreciar el dinero, pero tenéis una hija á quien quereis, estoy seguro de ello.

—¿Más que la vida!

—Pues bien, su dicha en el porvenir dependerá de una suma que no poseereis, de un dote que no podreis darla... No os propongo que vendáis vuestro secreto. Me basta leer en vuestra mirada recta y altiva para saber que no lo venderiais, pero en agradecimiento del servicio que me hariais, sin perjudicar á nadie, os entregaría cien mil francos... Os hago esta promesa con toda lealtad... Será el dote de un amigo á una amiga. ¡No refuseis! Lo que os ofrezco es tal vez la felicidad de vuestra hija... No podeis ofenderos por esto,

—No.

—¿Acceptais?

—No puedo... Dejadme reflexionar... Más tarde veré... Pensaré en lo que me decís... Pensaré las razones que tenga para hablar y las que tenga para callar... Estad seguro de que lo que examinaré y me decidirá será, sobre todo, mi deber.

—¿Conocéis al padre de Elena?

—Le he conocido.

—¿Vive aún?

—No.

—¿Y su madre?

—Ya no existe.

—Pensad cuán doloroso es para una mujer cariñosa no saber siquiera donde está la tumba de una madre que la hubiera querido tal vez.

—La quería ciertamente.

—¿No podía, pues, hacer nada por su hija?

—Nada. Únicamente el padre era rico; diez, veinte veces millonario, tal vez.

—¿Y no hizo nada por su hija?

—Hubiera querido hacerlo... sin duda... La muerte se lo impidió... pero ya he dicho demasiado...

—¿Por qué no acabar?

La comadrona se levantó.

—Me preguntáis por qué callo, señor conde, y voy á contestaros—dijo.—Me callo porque he prometido el silencio; pero por vuestras instancias, por vuestras promesas, hablaría sin duda si no temiese provocar desgracias peores que las del abandono de esa pobre Elena, y si, al revelar el secreto, no la expusiese á penas más dolorosas que las penas que ha pasado y á peligros más terribles que esos de que ha triunfado. ¿Decís que la amáis?

—¿Con toda mi alma!

—Guardadla pues... No dejéis llegar hasta ella á ninguno de los que pudieran descubrirla el secreto que queréis pagar tan caro, y sobre todo no les preguntéis vos mismo. No les tentéis con vuestro oro, porque la mayor desgracia que os puede ocurrir es arrancarles una contestación... ¡Adiós! No volváis por aquí, porque tengo una hija á quien quiero, vos lo ha-

béis dicho, y hay obsesiones á las que la mujer más valiente no sabe resistir.

El conde, indeciso, la miró un instante; pero en presencia de aquella cara de labios cerrados, de ojos fijos, de facciones convulsas por una lucha interior, no se atrevió á insistir.

Se inclinó profundamente y salió.

Cuando se quedó sola la comadrona, cayó sobre la silla y quedó un momento pensativa. La sacaron de sus meditaciones dos brazos que la rodearon el cuello y una voz dulce que la preguntó:

—¿Qué hay?

Ella contestó:

—Hay que acabo de cumplir con mi deber, y que esto es á veces terriblemente difícil.

Y atrayendo hacia ella á su hija, la dió en la frente un beso apasionado.

V

Madre é hija.

Cuando Teresa Montarón había visto á la señorita de Corbiere en la calle de Juan-Jacobo-Rousseau, yendo á buscar el paquete que un empleado la entregó, Fernanda hacía su peregrinación anual á aquel sitio y era el cuarto viaje que allí hacía después de la partida de Marcelo Montarón.

Pero si en las otras excursiones que allí había hecho nadie la había vigilado, no sucedía lo mismo aquel día.

Ocultá detrás de las cortinillas de un coche de alquiler, la vieja Launay observaba todos los movimientos de la joven.

La vió entrar en el correo y salir de él, montar en un coche, dirigirse hacia la calle de Santa Dominica, pagar el coche, que dejó á cierta distancia del hotel de Corbiere, franquear la puerta monumental, y cuando dos minutos después entró ella en el hotel por una de las puertas del jardín, vió á Fernanda sentada cerca de una ventana y sumergida en la lectura de un protocolo, que debía ser interesante, á juzgar por la atención que Fernanda prestaba.

Pocos días después de su visita al correo, á cosa de las tres de la tarde, se encontraba Fernanda en el gran salón del hotel de Corbiere, sola, delante de un piano de Erard, al que to-

SECRETARIA DE NUEVO LEON
SECRETARIA LEGISLATIVA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO